

In Memoriam: D. Arsenio-Fernando Bravo y Bravo

La figura de Fernando Bravo, recientemente desaparecida (Jerez de la Frontera, día 4 de mayo de 1998) y regresada al seno de la tierra en el mismo pueblo cacereño donde naciera (Garrovillas de Alconétar, 11 de octubre de 1906), para descansar allí junto a los que fueran sus progenitores: Jacinto y Amalia, y donde educó su niñez y juventud, hasta que viniera a Cáceres a cursar estudios en el entonces Instituto General y Técnico, situado en el viejo Noviciado de Jesuitas, ha dejado ancha huella y profundo surco en la vida local y provincial. Su figura, decimos, ya curtida por los años, ha seguido teniendo una amable presencia en las avenidas —como la de la Virgen de la Montaña—, en las calles o en los parques cacereños, paseando, sonriendo, saludando a los incontables amigos y admiradores, hasta casi el último momento de su marcha a Jerez, poco antes de su fallecimiento.

La simbiosis intelectual y espiritual entre Fernando Bravo y Cáceres se puede contar por décadas; tantas casi como su longeva existencia. En el Instituto cacereño conocería a muchos de aquellos profesores que forman hoy el plantel de ilustres personalidades más celebrado de nuestro pasado cultural: don Gustavo Hurtado Muro, don Antonio Silva Núñez, don Miguel Ángel Orti Belmonte, don Juan Sanguino Michel, don Antonio Floriano Cumbreño o don Tomás Martín Gil, con quien después le uniera una estrecha y fecunda amistad.

De aquella etapa educativa y académica nacería una personalidad polifacética y compleja que acabaría de madurar en las vetustas aulas de la Universidad de Salamanca, donde cursó con brillantez la carrera de Derecho (1934-1928) además de absorber a través de la sensibili-

dad de su piel las pulsiones literarias y ensayísticas que le impulsaron constantemente a sentir, analizar, reflexionar y publicar numerosos artículos, versos, comentarios y opiniones en cuantos medios tuviera a su alcance; fueran periódicos provincianos de carácter local o regional, como los diarios *Hoy* y *Extremadura*, o de difusión nacional, como *Pueblo* y *ABC*, entre otros.

En 1945, tiempos difíciles, junto a otros poetas y escritores con los que mantenía una entrañable amistad —como Jesús Delgado Valhondo, Tomás Martín Gil y José Canal—, fundarían una pequeña «revista literaria» a la que después de muchas discusiones y debates pondrían por nombre ALCÁNTARA, recogiendo así el espíritu «mitad monje y mitad soldado» que conservaban todos ellos en la posguerra.

Pues, efectivamente, la Guerra Civil había sido para el joven Fernando Bravo un motivo más que sobrado para rediseñar su vida; en ella había desempeñado el empleo de Alférez Provisional; y como tal, combatiente en primera línea. En plena guerra (1938) contrajo matrimonio con Josefa Marcos, paisana de Garrovillas y compañera entrañable durante muchos años, en un largo y fecundo matrimonio del que nacieron tres hijos.

Vuelto a Cáceres como excombatiente, ejerció como abogado, como funcionario de prisiones, como Magistrado interino del Trabajo y como ciudadano inquieto e incansable publicista; cuya pluma, lo mismo especulaba sobre temas jurídicos, políticos o laborales, como desgranaba hermosas y originales composiciones poéticas navideñas, que enviaba a sus amigos a modo de felicitaciones. De estos brillos literarios y de sus incursiones por la historia cacereña y por la vida social del pequeño núcleo urbano que era entonces la capital de provincia, surgiría la idea de proponerle como Corresponsal de la Real Academia de Bellas Artes de «San Fernando» por parte de tan destacados artistas como fueron Pérez Comendador, Eugenio Hermoso y el catedrático Lafuente Ferrari.

Muchas otras facetas cabría recordar de la fértil vida de Fernando Bravo y Bravo: fue Vicepresidente de Ordenación Social y Económica de la desaparecida Organización Sindical (C.N.S.); Magistrado de la Audiencia Provincial; Primer Teniente de Alcalde del Ayuntamiento cacereño, etc. Para el final ha de quedar en nuestro recuerdo aquello que más nos une a su vivencia y a su homenaje: la fundación, como antes

comentábamos, de la revista ALCÁNTARA recogiendo el difícil relevo de aquella lejana e irrepetible *Revista de Extremadura* que otro manajo de cacereños admirables habían creado en los finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Era el último de los fundadores, Delgado Valhondo, Canal, Martín Gil y los otros primeros colaboradores de la publicación ya habían marchado al Parnaso de los poetas, y don Fernando, sin duda, ha debido sentir una inmensa alegría al volver a reunirse con ellos.

M. C. Q.